

Vibraciones

Semanario del movimiento libertario del Alto Ampurdán

AÑO 1

Figueras, 20 de agosto de 1937

N.º 9

Afirmemos la unión de cara al enemigo

La retaguardia de los facciosos se desmorona. A las continuas rivalidades entre los jefes de los diversos partidos políticos, requejes, de una parte, y faalagistas, de otra, hay que añadir las que promueven diariamente los oficiales españoles ante el deshonor que para ellos supone verse postergados por la oficialidad extranjera, que ya descaradamente actúa como si fuese la verdadera dueña del país.

Nos llegan noticias fidedignas de una grave revuelta que ha estallado en Granada, de otros choques sangrientos ocurridos entre los rebeldes que ocupan el frente de Santander y del conflicto armado que un grupo de obreros ha provocado recientemente en las calles de Málaga.

Hasta ahora, el pueblo sojuzgado por los militares traidores, no había podido manifestarse de forma violenta, debido a la estrecha vigilancia que sobre él se ejerce. Pero se nota que el mando rebelde es impotente ya para dominar las continuas explosiones de insubordinación, por lo que éstas se irán generalizando a medida que aumenten los envíos de fuerzas extranjeras, que hayan de sustituir a las que caen diezmadas por nuestros valientes soldados.

Esto nos confirma cada vez más en la opinión expuesta en varias ocasiones, de que el triunfo final ha de corresponder a aquél de los contendientes que se vea apoyado por una retaguardia más sólida y unida moral y materialmente.

Si los connacionales que del otro lado del frente se han visto obligados a tomar las armas contra sus hermanos, para combatir a las órdenes de naciones extranjeras, llegan a conocer, por medio de una propaganda intensiva, nuestra verdadera situación, y saben que aquí han terminado las diferencias entre los distintos partidos y organizaciones, y que sólo vamos a la finalidad esencial de arrojar a los extranjeros del país y a implantar un régimen en que todos los españoles se sientan libres y hermanados, poco nos puede importar la pérdida de una posición, o si se quiere de pueblos y ciudades, pues, en último resultado, la victoria sería fatalmente nuestra.

Véase sino, con cuánta persistencia y a costa del riesgo que ello supone, se siguen pasando a nuestras filas los combatientes de las fuerzas enemigas. El éxodo se intensificará a medida que nuestra conducta en el frente y en la retaguardia sea más ejemplar. Por ningún concepto hemos de dar motivo a que se nos crea minados por la envidia o el odio entre nosotros; y todo aquél que opere en forma de quebrantar la solidez del frente antifascista, debe ser considerado como traidor a la causa y tratado con el máximo rigor que esta clase de delitos comporta.

Hemos de demostrar al mundo entero que somos dignos de merecer la victoria que perseguimos, no sólo por nuestras ya reconocidas heroicas cualidades, sino también por esas otras virtudes de honradez, de nobleza, de solidaridad y de altruismo, que hacen a los hombres dueños de sus destinos.

Que no sean infundadas las esperanzas de los que esclavizados por el terror fascista, aun se atreven a lanzar sus gritos de redención, reclamando que vayamos a libertarlos. Nosotros estamos obligados a hacerlo, porque somos la auténtica representación de este pueblo indomable que no quiere perecer.

Lo son, camaradas, y por culpa nuestra.

Si nosotros hubiéramos sabido comprender el verdadero, el único significado que tiene nuestra guerra, y que es el de lucha a muerte contra el fascismo mundial, no atravesaríamos estos momentos difíciles.

Porque, camaradas, con la lección de Málaga ya deberíamos haber tenido bastante. Pero no, el pueblo español, quizá demasiado confiado en sus hombres que nos defienden en las trincheras proletarias, no reaccionó como debió

HA HABLADO UN SAPO

Algo así inopinadamente, como un volátil de esos que, atraídos por la luz, nos hacen las delicias de las noches de verano, se ha presentado y hablado, un sapo.

De las pestilentes y encharcadas aguas del mangoneo, maquiaveísmo y jesuitismo agazapado, que muy raramente salen a la superficie para no asfixiarse, ha brincado un sapo, arrastrando en su espalda todo el lodo acumulado al paso de la riada impetuosa y desbordante.

Brincando por esos mundos, en contubernio continuo con bichos de la peor calaña, segregando su bilis en secreto, por fin nos ha lanzado el salibazo que tenía que irritarnos, para que la emprendiéramos detrás de él, por en medio de estos matorrales exóticos y desgarrantes, dejando entre sus aristas girones de nuestro cuerpo.

Los jeranios, lirios y jazmines que somos la expresión de unas vidas buenas, armónicas y generosas, hemos pretendido, con nuestra sinceridad y gallardía, ocultar las malas hierbas y bichos repugnantes del pantano, dando la impresión de un todo abigarrado y uniforme, permitiendo, en bien común, que se segaran por el tronco nuestras vidas, en holocausto a una ley de la naturaleza. Sin embargo, hoy, por boca de ese sapo rastrero, nos vemos vilipendiados.

Qué duda cabe que sólo puede hablarse así cuando no se ha estado presente, cuando omitiendo el deber de erguirse como un junco, resistiendo los embates de las aguas tumultuosas, se ha estado entre el reparo de las rocas cobijantes.

El salibazo ha caído en nuestros ojos, pero cosa rara, nos ha hecho ver más claro el triste papel de los reptiles de tal naturaleza que pueblan esos mundos, alimentando pasiones insaciables por insidias y gritos histéricos.

Lo que queremos los anarquistas

Sin duda alguna los que más daño nos quieren hacer no conocen nuestras ideas, y hay que fijarse bien quiénes son estos individuos, lo que hacen y por qué lo hacen. Difícilmente se encuentra uno que viva del producto de su trabajo y en caso de que fuese así, pretenden, con esfuerzos inauditos desligarse del mismo para ocupar el puesto de "rrrevolucionarios" de ocasión. Esta gente, indeseable en grado superlativo, a quien deberíase perseguir y eliminar cual insectos venenosos y dañinos, son la perdición de la humanidad. Bien claro está en el caso de Italia, con Mussolini, y de Alemania con Hitler, etc.

El pueblo ha sido tantas veces engañado, burlado y escarnecido, que apenas cree en nadie ni en nada, pero aun cree demasiado, porque hay una parte de él que solamente está con quien le engaña y le engañará hasta el día que los anarquistas impongan el "juicio final" por toda clase de embustes.

Los anarquistas hemos sido — muy bien puede hablar la historia — los únicos que hemos luchado de verdad para la defensa de las libertades individuales y colectivas en todos los tiempos y en todos los países del Mundo. Estamos orgullosos de ello, por más vidas que nos haya costado, pues al fin y a la postre no serán estériles.

Nadie más que nosotros ha luchado sin pedir otra cosa que el mejoramiento de la clase trabajadora en general. Hemos detestado las guerras, porque sabemos que es el único remedio para la enfermedad del capitalismo.

Hemos sido y somos reflexivos y muy bien hemos calculado nuestras acciones. Somos una parte numerosa, que hoy, en España, damos la vida por el triunfo de la revolución, es decir por el aplastamiento del fascismo, porque sabemos que ha de ser quien engendre la guerra, las matanzas colec-

tivas de seres humanos. Queremos ahorrar, con esta acción viril, muchos sufrimientos a la humanidad, porque evitaremos, con un poco de atención, que nuestros hermanos de clase nos presten una guerra mundial.

Los anarquistas de la C. N. T. y la F. A. I. somos enemigos del capitalismo y de la burguesía, y nos damos perfecta cuenta de que cual reguero de pólvora nuestra simpatía va extendiéndose por el mundo que trabaja.

Hay quien dice que no sabemos lo que ocurre, pero podemos contestarles, como el gran Sócrates, "que sabemos que no sabemos nada", y sabiendo esto podemos afirmar que lo único que sabemos es que no nos jugamos la vida estérilmente, pues por esto somos anarquistas, o sino, al tiempo.

Queremos una sociedad en la cual no existan religiones, tanto terrenales como celestiales, que todos, sin excepción podamos vivir del producto de nuestro trabajo.

La realidad de nuestros aciertos son las colectividades, a las cuales pretendemos destruir con fines harto conocidos por todos.

Como anarquistas sabemos estar en todo momento a la altura de las circunstancias, y comprendemos la hora transcendental en que vivimos, sin que tengamos necesidad de pedir consejos a nadie.

No queremos ni la política ni el Estado. Ambos son objetos putrefactos que han cumplido su misión años ha, y no nos sirven actualmente para nada.

La política es la peor de las lepras, pues cuando llega a infectar a un pueblo lo atormenta y enloquece. He aquí el caso del mundo entero en vísperas de una guerra que sólo puede provocarse cuando la mayoría de los seres humanos ha llegado a un grado tal de demencia que sólo al exterminio mutuo puede remediar semejante catástrofe y alevoso crimen, que sucesivas generaciones juzgarán cual merece.

Los anarquistas hacemos de doctores en este caso clínico, y si las demás organizaciones hacen lo mismo que en España, nos salvaríamos todos, procurando hacerlo de tal modo que jamás en la vida se vuelva a encontrar raíces que puedan engendrar el árbol de la guerra, ni de la desigualdad económica, ni de autoridad, ni religión. Se habrán, ¡por fin!, acabado las fronteras y todos produciríamos procurando elevar, en lo que nos sea posible, nuestro nivel de vida en todos los aspectos.

ISIDRO RIBAS RODA.
Agosto de 1937.

MOMENTOS DIFÍCILES

hacerlo, sino que se limitó a hacer unos cuantos mítin s, otras cuantas colectas, etc., etc.

Cuando las hordas sanguinarias de Hitler y Mussolini atacaban a Vizcaya, se reaccionó, no como antes —semanas pro Euzkadi, festivales pro Euzkadi—, pero nada positivo. Bilbao estaba en peligro, y Gonzalo de Reparaz, en su "Diario de la guerra", publicaba en "Solidaridad Obrera", pe-

día diariamente aviones y hombres para Bilbao, pero sus sabios consejos fueron a parar en saco roto, y Bilbao cayó. ¿Por culpa de quién? No lo sabemos.

Y ahora, camaradas, parece que después de unas semanas de la caída de Bilbao y debido a unos avances de nuestras fuerzas, vuelve a triunfar el optimismo, ese optimismo tan peligroso para nuestra guerra y que ya nos ha dado

más de un disgusto.

Pues bien, camaradas, esta es la verdad cruda y real. Atravesamos momentos difíciles, no nos dejemos caer en la ignorancia, tan dulce para algunos. El verdadero antifascista, el verdadero revolucionario que desea el triunfo del proletariado contra el fascio, que se levante en pie de guerra, y unidos todos, tocos a una, aplastaremos al fascismo nacional e internacional.

MANUEL VILCHES
(por la Federación Local de Juventudes).